



CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AZCIVENEZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

NUESTROS ABOGADOS
DOCTOR ANTONIO E. VIGIL



AÑO I
Nº 34
Octubre 21 de 1894
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57



M. Correa
1894

Jurisconsulto atamado,
de dotes sobresalientes,
que en su estudio de abogado
hacer fortuna ha logrado,
pues tiene un millon de clientes.

SUMARIO

TEXTO — «Zig-Zag», por Arturo A. Giménez — «Oh, la amistad!», por D. B. — «La firma», por A. A. G. — «Epigrama», por Florete — «Para Ellas», por Alina Doré — «La excepción», por C. Navarro — «Germana», por Miriam — «Menudencias» — Sección recreativa — Correspondencia particular — Avisos.

GRABADOS — «Doctor Antonio E. Vigil», por M. Correa — «Album de «Caras y Caretas», Marina», por D. de Solier — «El golpe clásico» — «En el album del hijo de Wimplaine», por Wimplaine — «Para Ellas» — (Retrato de niña) — y varios intercalados en el texto, por A. Giménez — Nuestros prohombres de incognito por Wimplaine.



ZIG-ZAG

Ay, lectores; cuántas cosas podría yo decirles hoy si... yo sé que esto no les importa á ustedes un comino, pero á mí me interesa muy directamente y ya es sabido que el que más el que menos gastamos todos nuestro poquitin de egoísmo, y aún algunos un *muchin*, que no ya poquitin; pero... ¡ah! Pues yo les diría una porción de cosas si no experimentara ahora un dolor de muelas, que no parece sino que tengo un flemon en las entrañas.

Es prosaico, ya lo sé; pero, qué quieren ustedes, la prosa tiene una manera de hacerse sentir, abrumadora.

Y el caso es que mi muela está en un estado deplorable, deplorabilísimo. Figúrense ustedes un agujero capaz de contener en su interior el puchero enterito, si se descuida uno al deglutirlo, y figúrense bailando dentro de aquella cavidad, que deja chiquitos los pozos artesianos de la compañía Pierce, todos los representantes y delegados de todos los dolores molares del universo.

¡Es horripilante!

Claro es que me he guardado bien de irme a sacar, porque de fijo, si el dentista se asoma al agujero de la muela, le vienen vértigos y hasta puede llegar á caer dentro de él. Porque es muy grande!

Tanto, que primeramente se me ocurrió la idea de utilizarle para que sirviera de aljibe, pero luego me sugirió un sugeto, apasionado por los cuernos, la idea de que le propusiera para plaza de toros, considerando que, estando prohibidos los tales espectáculos, nada se prestaba más para dar corridas clandestinas que el agujero de mi muela.

Como única dificultad se presentaba la circunstancia de que, tan amplio como es, los diestros que quisieran acogerse á un burladero, tendrían que valerse de la bicicleta para no tardar medio día en llegar á él desde el centro de la plaza.

Otro me aconsejó que me emplomase la muela; pero, una vez vista la magnitud de la perforación intermolar, tuvo que convenir conmigo en que, con el producto de una mina de plomo apenas habría para llenar la mitad.

Naturalmente, con motivo de mi dolencia, he tenido ocasión de hablar con infinidad de individuos que, de veinte años á esta parte, han tenido que ver con dentistas y con muelas cariadas.

—Mire usted, me decía uno. Yo tuve un dolor de muelas que, al atacarme, no pare-

cia sino que me daban de patadas en las quijadas.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, mi amigo. Al fin, no tuve más remedio

que hacérmela extraer, por lo cual me cobró tres reales un sacamuelas.

—¡Hombre; qué carol!

—Sí, pero tenga usted en cuenta que, una vez asegurada la pinza á la muela, tuvo que arrastrarme por los suelos para arrancármela. También, cuando cedió, dió el dentista con su cuerpo en el suelo de tal modo que creí que le había dado un ataque.

—¿Y la muela?

—Quedó hecha polvo entre las pinzas. Pero según el operador, debía de ser del tamaño de un higo. Figúrese usted, perderla el muy bruto; y yo que quería mandarme hacer con ella un alfiler de corbata!

De estos hay muchos, que dan en la idea de hacerse prendas con cuanto hueso ó cosa de bulto se les sale del cuerpo. Conoció uno que llevaba en la cadena del reloj dos colmillos, una muela que le hizo volar un bárbaro de un puñetazo, y la uña del dedo grande del pie que se le había caído de vieja.

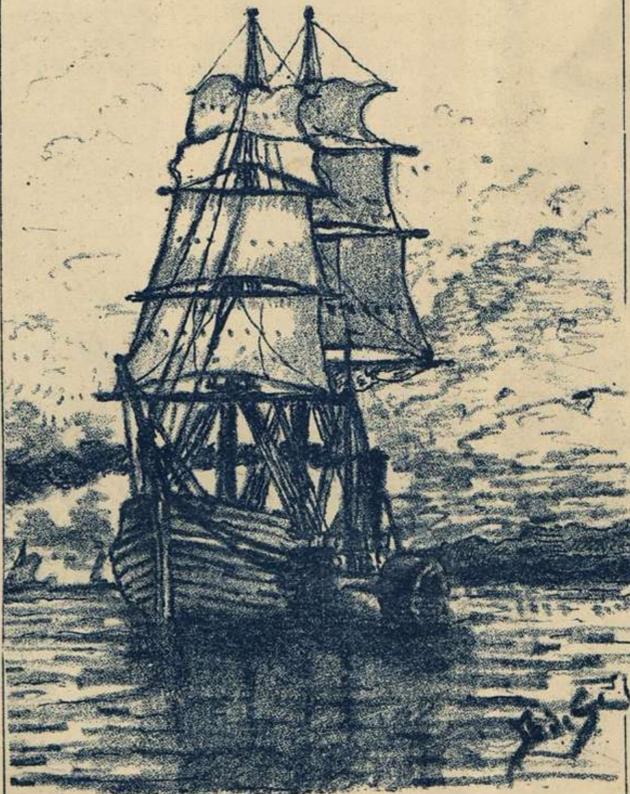
Ya me figuro que están ustedes diciendo:

—¡Vamos, hombre! ¿quiere usted dejarse de embromar con su muela, ó resto moribundo que la represente?

Sin duda tienen ustedes razón, pero comprendan que, doliéndome de tal modo ese apéndice maxilar, es muy natural que me me haya dado por *amolarnos*.

No obstante, tal asunto no deja de ser de

Album de «Caras y Caretas»



Marina por D. de Solier

ocasion, como me lo demostró la respuesta de un señor á quien yo decía que poseía el inestimable tesoro doloroso de una muela picada.

—¿Picada? me dijo. Pero hombre; ¡qué estacion! No hay quien no se *pique* hoy en día. Empezando por Segundo y concluyendo por su muela.

Porque, indudablemente, Segundo esta semana *montó el Picardo*.

—El *picaso*, querrá usted decir.

—Eso es; el *picaso*. ¡Que malo es ese hombre!

—Ya. Probablemente de pura rabia no se batió.

—Es que *Picardo*...

—Estaba muy rabioso también; por eso ha sido, indudablemente.

Porque la verdad es que el conato de desafío ese me ha hecho acordar á un cuento viejo.

A aquel del andaluz que dijo algo fuerte á un otro andaluz, á lo que respondió con aire amenazante éste:

—¿Lo dice usted en broma ó en serio?

—Tómelo usted como quiera! gritó el primero.

—¡Ah! Pues lo tomo como broma, entonces; porque, también, si lo tomara en serio!... ¡Hum!...

Así ha ocurrido con el lance este. Todo se ha reducido á la cuestion de apreciación de palabras. En fin, un desafío de términos; ahí armaron la gorda *Castigo* y *Mashorquero*, y se quedaron tan tranquilos en su casa *Picardo* y *Segundo*.

También es cierto que la verificación del desafío era imposible; como que la policía estaba desde el primer momento enterada de todos y los menores detalles de él.

¡Ni que fuera hecho á propósito!

Esto se parece á las renunciaciones de Palomeque; como las renunciaciones de Palomeque se parecen mucho á las *paradas* de los muchachos que le dicen á un compañero:

—Yo voy á romperle el alma á Fulano. Ahora mismo lo desafío! Pero, *oi*; si no se *abatata* y se me viene, *vos nos separás* y no nos *dejás peliar*, ¿eh?

Así, Palomeque que, en cuestion de renunciaciones ha dado en hacerle competencia á Vidiella, anuncia al público, previamente, su firme é irrevocable decision de renunciar, probablemente con el objeto de que nadie lo sepa y no puedan impedir que la cumpla, ya que está tan decidido.

Según otros, con este anuncio quiere lograr que le impidan hacer una barbaridad ó cosa así, como aquel que gritaba á voz en cuello:

—¡Deténganme, señores, deténganme, por que sino lo mato! ¡Pero, deténganme, que tengo muchas ganas de matarlo!...

En fin, volviendo al duelo, es el caso que ese, por lo menos, para tranquilidad de los huesos de los adversarios, é intranquilidad del honor, que se quedó como estaba, á juicio de ambos, herido, quedó en agua de borraja... es decir, en tinta de actas.

En cambio se anuncia para en breve, otro lance, que á estar á las últimas noticias, tendrá lugar entre Segundo y Busto, á quien el primero ha enviado sus padrinos ya.

Respecto de este decían dos esta mañana:

—Pero, hombre, yo no sé cómo se atreve Segundo á batirse con Busto. Lleva de su parte una desventaja enorme.

—¿Por qué?

—Pues, porque batiéndose con un *Busto*, no tiene mucha superficie donde hacer blanco.

De las alarmas del Martes, no vale la pena ocuparse. Ya nos estamos acostumbando de tal modo á esas bromas de los gobernantes, que Maldito si nos hacen efecto.

Como me decía uno.

—En total y resumen, todo se reduce á un descuartizado más.

—¿Descuartizado? ¿Quién?

—¡Hombre! El coronel Usher. ¿No le han quitado el cuarto?

ARTURO A. GIMÉNEZ

¡Oh, la amistad!

En una edad de mi vida me sonrió la fortuna

y fui por entonces una persona muy distinguida.

Yo á los círculos subí, yo en los teatros entré y en todas partes brillé y en todas partes lucí.

Y este marques me quería y aquel conde me adoraba y el mundo me saludaba y el mundo me sonreía.

Pasó un año y ¡ay de mí!

¡Cuanto tenía se fué!

Ya ni en teatros entré ni en los círculos subí.

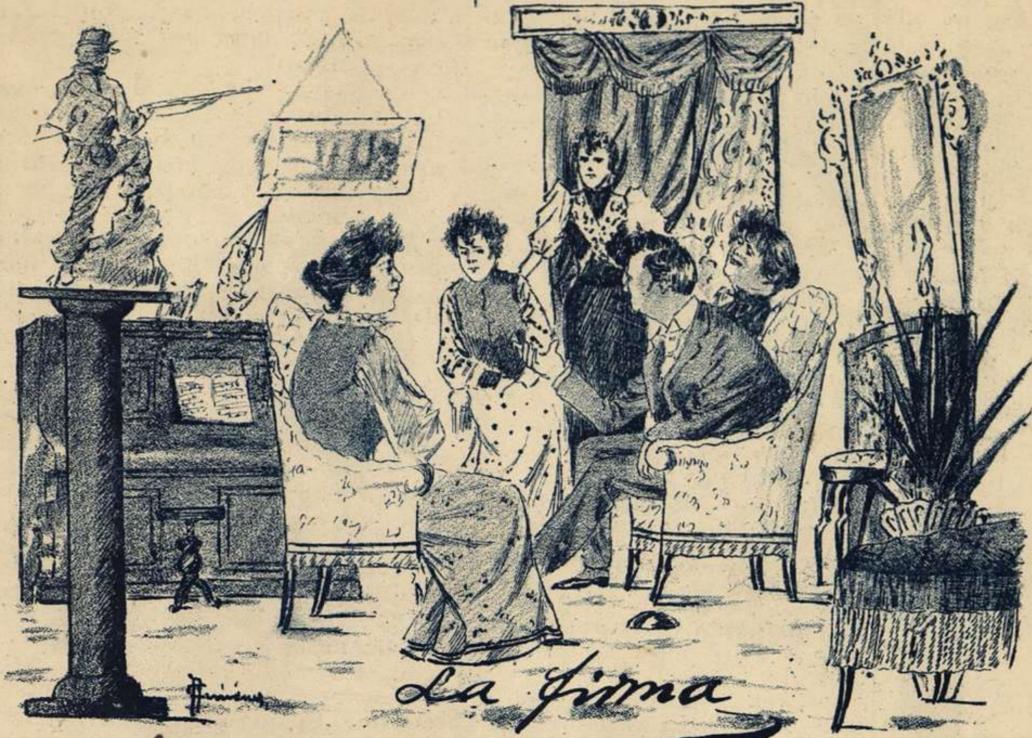
Tornóse la suerte mía: ya el mundo no me adoraba ni el marqués me saludaba

ni el conde me sonreía.
 Todo el mundo me olvidó.
 Las amistades se fueron...
 Pedí pan y no me dieron
 y el mundo me despreció.

Viéndome ya en la indigencia
 tuve una herencia bendita,

y volví á gastar levita
 costeada con mi herencia.
 Y hoy el orgulloso conde
 cuando el sombrero se quita
 dígame yo á mi levita:
 —¡Que te saludan, responde!

D. B.



(De mi libro inédito «Arabescos») (1)

— ¡Vaya! eso es ya insufrible, Gabriel!
 — Pero...
 — ¿Quiere usted callar?
 — ¡Está hoy insoportable!
 — Favor que usted me hace, señorita!... No lo creo.

— Pero, qué cosas ha dicho! ¿Está usted enloquecido?

— Debo estarlo; es lo menos que puede suceder á un hombre que se atreve á permanecer una hora entre cinco mujeres...

— ¡Ya empieza otra vez!

Y las cinco jóvenes que, so pretexto de coser juntas habíanse reunido aquella tarde en la sala de la señora N.***, volvieron á prodigar á Gabriel mil adjetivos que hubieran sido desfavorables, á no pronunciarlos boquitas tan graciosas; aparte de que la reconención tenía poca fuerza moral, porque mal armonizaba el enojo que tales palabras pretendían expresar, con la alegría y satisfacción que iluminaban aquellos bonitos rostros, lijeramente sonrosados por el calor de la conversación, que apesar de todas sus protestas parecía agradecerlas no poco.

¡Cuántos epítetos aplicaban á aquel pobre Gabriel!

Y lo hacían todas á un tiempo, levantando la voz cada vez más para dominar las otras, interrumpiéndose, de modo que parecía aquel desconcierto el que producirían diez cotorras parlotando al mismo tiempo.

A buen seguro que si en vez de palabras fuesen hechas las reconvenções con alfilerazos, no quedara del cuerpo de Gabriel un sitio sano.

En tanto, éste las escuchaba pacientemente, aguardando á que terminara aquella vocinglería.

— Vaya, dijo cuando se calmó algo. ¿Concluyeron ustedes?— Mientras hablaban, pensaba yo que así debió oírse hablar en la torre de Babel. ¡Qué ca-

lor! Bien dicen que mostrar la verdad desnuda, es, en ciertos casos, cometer un pecado. También... hablar verdades á mujeres, que no pueden ver la verdad ni pintada!

— ¡Que vuelve á las andadas!...

— Es que usted solo ha dicho falsedades.

— ¡Sí! ¡sí!

— ¡Calmal! ¿Qué falsedades he dicho? Es cierto como que hay sol, que la mujer es un sér lijero, inconstante, veleidoso, esclavo de sus caprichos....

— ¡Todo eso es mentira!

— Calumnias de despechados....

— De solterones. . .

— Pero oigan ustedes; á creer á un fabulista célebre, son ustedes inferiores á las zorras....

— ¡Jesús!

— ¡Qué atrocidad!

— Lo digo, porque la zorra de la fábula viendo el busto exclama: «¡Lástima grande que cabeza tan hermosa no tenga seso!»...

Y ustedes no llegan jamás á reflexionar tales cosas, y se enamoran del primer barbilindo que se presenta, aunque tenga la cabeza vacía como bolsillo de pobre.

— ¡Qué exageración!

— ¡Qué calumnia!

— Nada de eso. Y no soy tan solo yo quien lo dice; es ya proverbial la lijereza de la mujer y un dístico célebre la consagra como verdad *sine qua non*.

Pero, á propósito, recuerdo ahora una historia, que la demuestra claramente.

— ¿Una historia?

— Cuéntenosla, Gabriel...

— A ello voy, pero me han de prometer ustedes no interrumpirme, porque de lo contrario...

— Sí, sí.

— No le interrumpiremos.

— Empiece ya.

Empiezo. Un amigo mio (á quien pondré un nombre aristocrático para que las agrade, por ejemplo: Gastón), amaba á una hermosa niña que voy á bautizar con el nombre de Lía. Ya adivino que desean ustedes una descripción de la niña.

Pues, figúrensela ustedes muy bella, ¡pero mucho! Con unos cabellos que darian envidia á Santa Inés, cayendo sobre una espalda blanquísima á pesar del tinte levemente sonrosado que parecía vagar bajo su cútis; en fin: la nieve coloreada por los últimos destellos del sol poniente; y luego unos ojos tan negros que llegaban á mostrar re flejos azulados, y de mirada tan enérgica que, á no ser por las larguísimas y sedosas pestañas que velaban su enerjía, llegarán á hipnotizar á un

ciego.



Pero vamos al hecho. He dicho á ustedes que Gastón amaba á Lía y es de advertir que ésta juraba que le correspondía, como si estuviese convencida de ello.

Muy bien; una tarde, suscitóse entre ambos una conversacion sobre pintura. Me habia olvidado decir á ustedes que Gastón, aunque no necesitaba trabajar, se dedicaba á la pintura; por la gloria, como dicen.

¡Y por cierto que tenía el chico una mano primorosa!

Pueden ustedes figurarse que escuchan la conversacion, que, segun dije, sostuvieron ambos jóvenes cierta tarde.

El preludeo se adivina: conjugacion del verbo amar durante tres cuartos de hora.

Vamos, pues, á la variación.

— ¿Me quieres?

— ¡Te quiero!

— ¡Mucho?

— Tanto, que no vivo, pensando en tí, y en todo lo que á tí se refiere; tu reputación, tu fama... porque tú conquistarás un nombre de esos que inspiran admiración; y pronto, ¿no es cierto? ¡Tú pintas tan bien!... ¡Cuántos con un solo cuadro han logrado imponerse y hacerse célebres! ¡Qué orgullosa estaré yo cuando todos digan: «¡Qué jóven tan inteligente!» «¡es un jéniol!» Y los diarios te dedicarán artículos y solo te nombrarán «el jóven pintor!» y...

— Loquilla... y aquí Gastón la interrumpió con un beso...

— ¡Gabriel! dijo á la sazón una de las jóvenes oyentes.

— ¡Qué! No hagan ustedes aspavientos, porque la que menos tiene dados cincuenta, y me quedo corto. ¡Cuéntenmelo á mí!

— ¡Qué insolencia!

— Es una ofensa.

— ¡Silencio, ó se acaba la historia! Pues... ¿donde habíamos quedado?... ¡Ah! Cuando Gastón daba á Lía el beso! Muy bien. Hecho esto siguió diciendo:

— Bien sabes que mi mayor afán es complacerte en todo, y á ello van encaminados mis esfuerzos. No te figuras la actividad que despliego para ser digno de tí, de tu amor; para que puedas mostrarte orgullosa de mi...

— No digas eso; ya lo estoy, porque te quiero, y en nada aumentaría tu fama mi cariño.

— ¡Quisiera creerlo!

Era, en efecto, para abrigar dudas, pues Lía, como mujer, mentía de buena fé y...

— ¡Vamos, Gabriel! interrumpió en este punto una. ¿Lo hace usted solo por ofendernos?

— ¡Es ya intolerable!

— ¡Insufrible!

— Señoritas, á los piés de ustedes.

— ¡Se va!

— ¡Y la historia?

— Ahí se queda; me prometieron ustedes guardar silencio, no interrumpirla, pues... muy buenas tardes.

— ¡Qué lástima! ¡Era tan interesante!...

— Continúela...

— ¡Sí, sí! ¡No le dejamos salir!

— ¡Ah! Si interviene la fuerza, no queda otro remedio que someterse... Sea; bien dicen que el hombre es débil; continúo.

El caso es que Gastón, en testimonio de su afirmacion, confió á Lía un secreto. Estaba pintando un lienzo que pronto daría por concluido, y que bien podía ser que le sirviese de primer peldaño en la carrera de la gloria. Pero una preoconacion, impertinente tal vez, pero dominante, le amargaba el placer de la esperanza. Su nombre, oscuro, desconocido... El público es siempre ligero y fácil de arrastrar en sus opiniones. Un nombre, célebre, conocido, consagrado por el éxito, le deslumbra, le subyuga y domina su voluntad. Lo primero que en un cuadro mira es la firma, para basar su juicio y ¿no influiría su firma, desconocida, asomando vergonzosamente en un ángulo, sobre la opinion de la crítica? ¡Ah! ¡Muy duros son esos primeros pasos en la senda del arte! Ignorado, tal vez despreciado, el artista tiene que mendigar de la crítica induljencia para las creaciones de su jéniol! ¡Es muy amargo ver el talento desconocido, negado, si es posible, hasta provocar la duda y la desconfianza propias!

Allí se gana la gloria palmo á palmo.

Es evidente esa influencia de la firma. ¿Quién se atrevería á calificar de malo un cuadro á cuyo pié se lee una palabrita que dice: Meissonier ó Gérôme?

Y sin embargo, no son los únicos, pero una firma célebre parece comunicar maravillosa luz al cuadro que la contiene...

Escuso decir á ustedes que Lía afirmó que tal

(1) Esto de inédito, exige una explicación formal tratándose de obra tal, pues el vocablo aquí rije por ser el caso especial

El libro ese se imprimió y hasta se puso á vender, pero, aún con eso, de ser inédito no dejó, pues nadie lo llegó á leer.

Porque de tanto ejemplar como puse yo á la venta ¡sería la venta lenta! seis se vendieron. Sacar toca ahora á ustedes la cuenta.

Por esto, aunque publicado (¡y había sido impreso al crédito!) quedó el libro tan inédito como antes de haberme dado el negocio tan buen rédito.

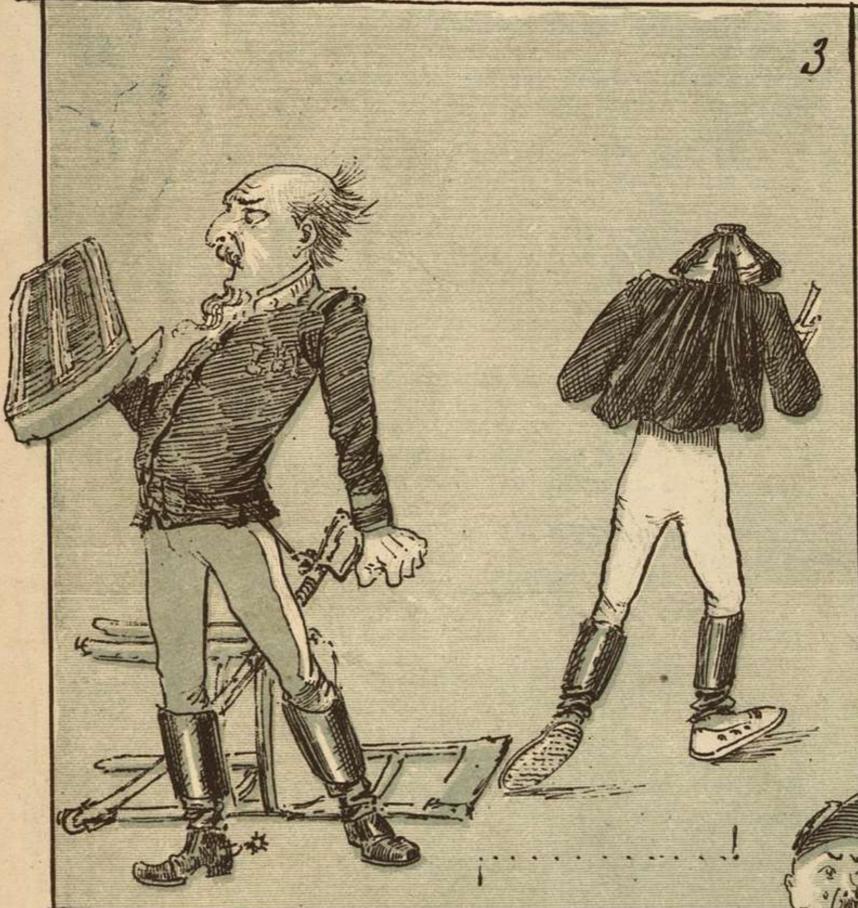
EL GOLPE CLÁSICO



1
—¡Estamos ya en Octubre y yo no he dado mi golpe! Es vergonzoso. Todos los presidentes han dado su polpe en este mes.. ¿Qué diablos haré yo? ¡Ah!...



2
—La astucia no es cobardía... Esto lo sé yo bien ¡Por algo me ha leído Angel ese libro de Masca velas ó Macavela, ó ¿cómo es? ¡Machiavello! Ya dí con el nombre!
¡La cara que va á poner éste cuando se encuentre sin el cuatrol!...



3
4
—Lo dije; el triunfo es mío. Ahora, que reviente el jefe.



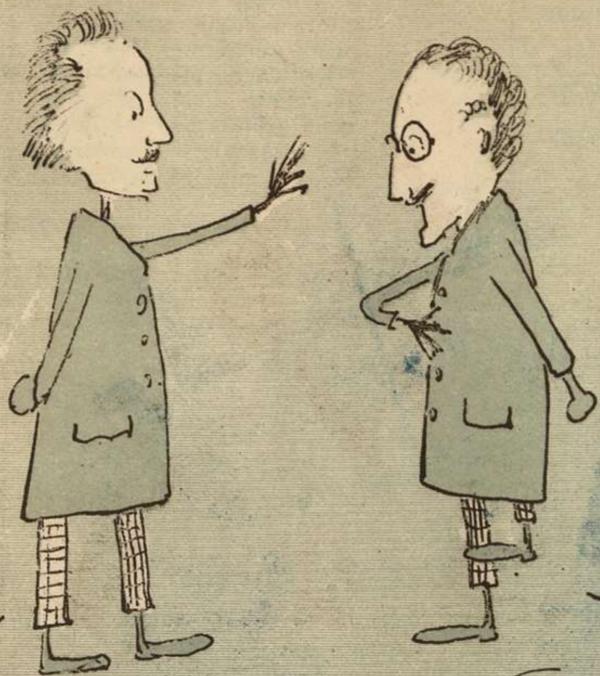
5
6
—¡Triunfo completo! ¡Ya he dado yo tambien mi golpe de Octubre! ¡Cuando toda esta gente me aclama como á presidente de verdad porque quité á escondidas el batallon á Usher!...



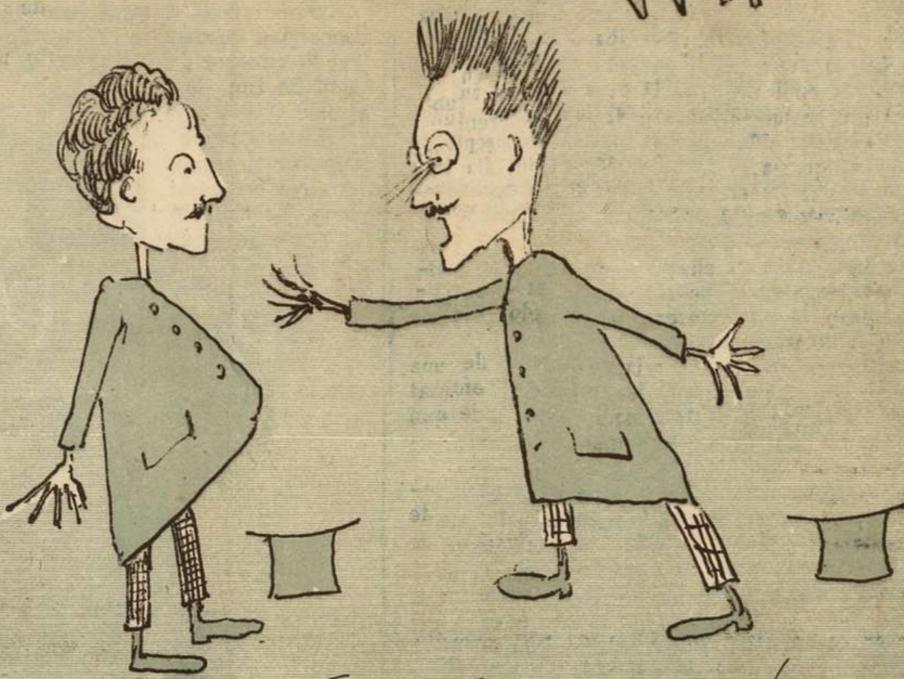
—¡Hum!... ¡Ce n'est pas comme en France!

Wimplaine
94

EN EL ALBUM DEL HIJO DE "WIMPLAINE"



Picardo le dice a Segundo "Mazhorquero."



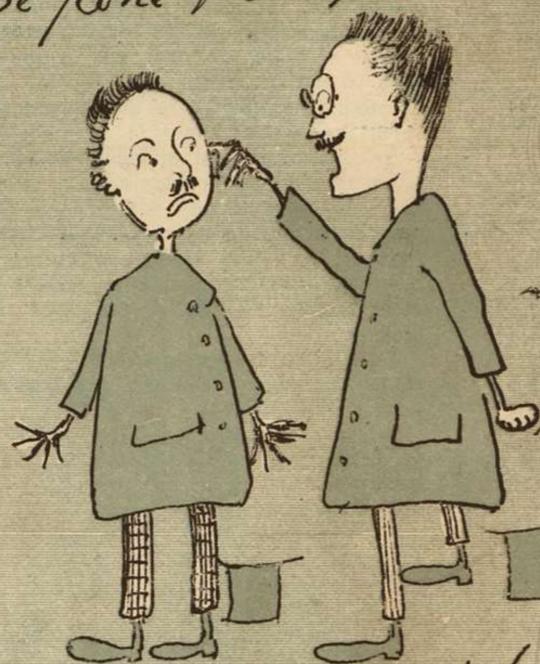
y Segundo se pone furioso



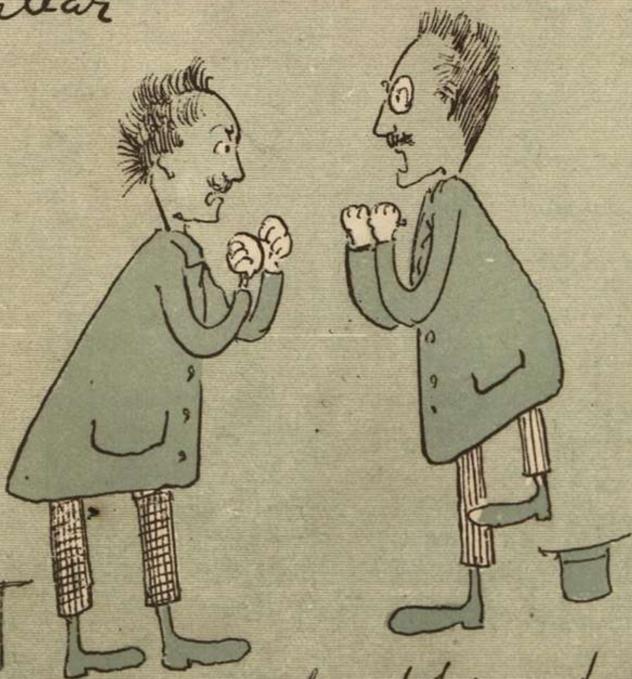
Picardo entonces lo desafía a pelear



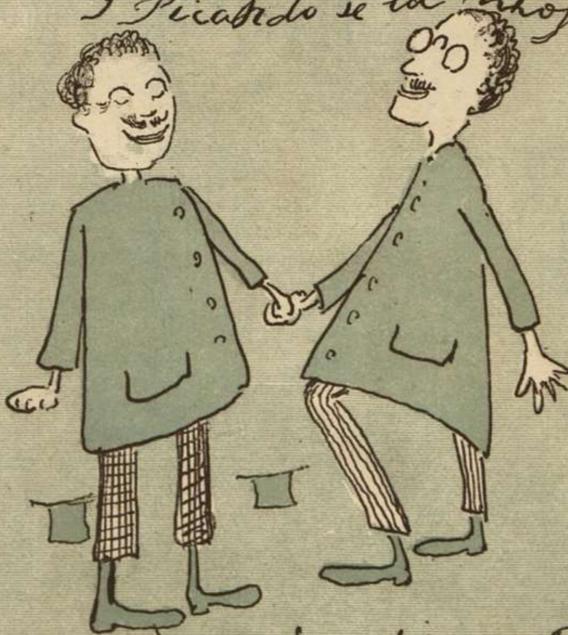
y Segundo le dice: Pues no; nojame la oreja ¿a ver? y Picardo se la moja.



Después Picardo le dice: Mojámela vos ahora? y Segundo se la moja.



Aquí están los dos muy furiosos!



Aquí se dicen: ¡Pues no que somos unos los dos! No nos peleamos porque no va a haber quien cuente de la pelea. Vamos a contar bromero



y se van

El chiquitín de Wimplaine de este modo ha comentado el gran duelo proyectado. ¿No es cierto que lo ha hecho bien?

preocupacion era ridicula y despreciable, jurando que jamas ella se dejaría deslumbrar por tan vulgares ideas. ¿Qué podía importarle la firma, consistiendo el mérito en la obra?

¡Ah! En cuanto á ella, pensaba de muy distinta manera que la generalidad...

Y de frase en frase vino la niña á parar en una pregunta que se formulaba así: «¿Cuál es el asunto de tu cuadro?»

Gaston no queria decirlo; mejor era sorprenderla... Pero ella queria saberlo y él no podía negarse á satisfacer su deseo...

—Despues, decia él.

—Nó; ahora,—decia ella.

Y él que nó y ella que sí, el caso es que Gaston no lo dijo, y por consecuencia quedó Lía sin saberlo.

Bien sabido es que burlar la curiosidad de una mujer, equivale casi á decirle fea. ¡La mayor ofensa! Lía era curiosa como todas; más irritable que muchas, y voluntariosa como ninguna.

Aquello le sentó muy mal.

Y tanto, que muy pronto Gaston tuvo un sucesor que vino á ocupar su lugar en el corazón de la jóven. A rey muerto, rey puesto.

Para abreviar, suprimo detalles, y me concreto al hecho.

Pero no crean ustedes que Gastón fué olvidado; al contrario: Lía le recordaba con tanta más frecuencia, cuanto que casi le odiaba.

Muy rara vez suceden á los amórios la indiferencia ó la amistad; cuando los amantes dan por terminado el idilio, se miran por lo general con aversión, ó cuando menos con recelo. ¿Será que el corazón, predispuesto de cierta manera, solo puede soportar los extremos?

Sea lo que quiera; el fenómeno es verdadero; y si no, ahí está para probarlo Lía.

En cuanto á Gastón, sintió aquel desengaño como puede sentirlo un corazón de veinte años. Se puso triste, exhaló á solas amargas quejas, y concluyó por renunciar á nuevos amores... Decididamente; la libertad del corazón es algo muy hermoso...

Pero á su desaliento sucedió pronto cierta actividad que pudiera creerse provocada por el despecho.

Se puso á trabajar con febril ardor. Era menester demostrar á aquella pérfida lo que él valía; hacerla conocer lo que habia perdido; hacerla suspirar por su reconquista.

Y el cuadro se concluyó, y se concluyó muy bien; un hermosísimo lienzo. Colorido apropiado; vigor y enerjía en las líneas, espresión... belleza, en fin.



Se espuso, y llamó la atencion.

Pero el jóven pintor queria que lo admirara cierta personita que él sabía. Lástima que se le hubiera ocurrido pintar á *Hércules* y *Onfalía*; el amor dominado á la fuerza! Vendría ahora mucho mejor. «La indiferencia dominando al capricho.» Pero, cuando él empezó á pintarlo estaba enamorado...

Finalmente pudo satisfacer su deseo; una amiguita de Lía, (que le dispensaba su amistad) la llevaría á donde se exhibía el cuadro, sin decirle nada hasta el momento oportuno.

Y la llevó. Gaston estaba oculto, esperando ver el efecto que en la pérfida producía su obra. ¡Y cómo le palpitaba el corazón! ¡Ni que estuviese aun enamorado!

Al entrar Lía, quedó inmóvil mirando el lienzo,

dominada por la belleza de él —¡Es admirable!— dijo con voz trémula.

Gaston creyó volverse loco de contento. Pero la firma, que asomaba en un ángulo pareciendo provocar la curiosidad de conocer al autor, llamó la atencion de Lía.

Inclinóse y leyó:

¡Cómo cambió la espresion de su rostro, una vez conocida la firma!

—No me gusta, dijo haciendo un gesto desdenoso. Es ridiculo.

Y añadió: «¡Qué majadero!»

A. A. G.



PARA BELLAS

MI COCHE
(CUENTO RÁPIDO)

Era cosa de todas las noches.

No bien entraba en la sala, cuando ya empezaban las disputas.

—Elena, esta tarde, en el balcón, miraste muchas, pero muchas veces, hacia la izquierda. Eso no me gusta.

Y Alberto, frunciendo el entrecejo, se apartaba un tanto de su novia.

—¿Que miré? Puede ser. ¡Hay tantas cosas que mirar!... Por ejemplo... ¿Quieres que te diga lo que miraba? A un viejo que se lustraba los zapatos...

—Si, eso es; reite ahora de mí, reite!

—¡El furioso! ¡Qué! Si, eso miraba, y aunque no fuera eso, ¿qué te importa? Estaría bueno!... Yo miro lo que quiero...

—Pues si miras á quien quieres, yo estoy de más aquí. Me voy. ¡Adios!

Y levantándose:

—Adios.

—Que le vaya bien. Muy buenas noches, caballero... Hasta mañana...

El contestaba turioso «Hasta nunca», pero al dia siguiente volvía y se reconciliaba de nuevo.

Eternas rencillas de enamorados, que como tor-

mentas de verano, una vez caidas algunas gotas de lluvia, vuelve á reinar buen tiempo. Sin embargo, éstas eran tan frecuentes, que ni siquiera habia tiempo para restablecerse la calma. Se querian, no obstante. Elena, de carácter jovial y atrevido, exasperaba á Alberto, muchacho lleno de susceptibilidades y un tanto quijote, á quien ofendía cualquier broma, y aunque la recordaba muy poco tiempo, dábale proporciones de verdadero insulto.

Es al obscurecer del dia siguiente de una disputa acaloradísima, terminada, como siempre, con la marcha repentina del jóven.

Elena ha ido á la iglesia; habia una gran fiesta; muchísima gente, muchísimo calor; la joven ha estado contenta, pero al salir nota que llueve á torrentes. ¡Qué fastidio! No hay más remedio que esperar, y espera rato y rato sin que el cielo muestre señales de clemencia. Nadie hay ya en el atrio.

¿Hasto cuándo estará allí?

De pronto, nota á Alfredo incrustado en la pared, muy elegante, con sombrero de copa y botines de charol. Frente de él estaba un carruaje con los faroles encendidos. Elena comprende todo en seguida y se sonríe. Una gran galantería. Ofrecerle su carruaje y despedirse en seguida con un saludo ceremonioso.

Se adelanta Alberto hácia ella, y dice:

—Mi coche.....

Elena le mira un instante, sonríe, se vuelve, duda un momento, y de pronto encogiéndose de hombros, se dirige hacia un pobre viejo vendedor de billetes, que conose:

—Acompáñeme, Francisco, ¿quiere?

Y mientras el elegante contemplándola estupefacto, se empapa bajo la lluvia torrencial, ella, la burlona, se marcha de prisita bajo el enorme paraguas de algodón del viejo vendedor.

ALINA DORÉ.

La excepción

Estaban don Abundio y su consorte leyendo «La Tribuna Popular» cuando al solaz dió su hijo Luis un corte al entrar dando gritos sin cesar.

—¡Papá!... ¡Mamá!...

—¿Qué es eso Luis?

—¿Qué es eso?

—No te he dicho que no has de ser travieso?

—Los niños bien criados cuando hablan sus papás, se están callados.

—Sigue, Abundio.—Y la madre muy contenta, oyó hasta el pié de imprenta.

En tanto el niño con la faz adusta quedó sobrecogido

hasta que dijo el padre:—¡Así me gusta!

Ahora que ya acabé ¿Qué ha sucedido?

—Que ha roto el grifo de la fuente, Blasa,

y cuando vine un charco era la casa.

Hay muchas ocasiones

en que sientan muy bien las excepciones.

C. NAVARRO



ESCRITA EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»

(CONTINUACIÓN)

De pronto Emma cesó por completo de hablar de él, y no contestó á ninguna de las preguntas que hizo Germana. A su vuelta Germana trató de saber lo que había pasado. Pero Emma, impenetrable y brusca, declaró que no había habido nada y por consiguiente nada tenía que contar. Germana adivinó una profunda herida disimulada con altivez, pero no se preocupó mucho, pues pronto vió que solo el amor propio había sufrido y no el corazón.

Cuando Germana contó á su hermana sus amores, su compromiso con Eduardo, su felicidad, sus esperanzas, Emma sintió una amargura, una especie de odio levantarse como una barrera entre Germana y ella. La miró con fría ironía.

—Te felicito—le dijo.—Por lo visto, todo lo bueno en la vida te está destinado, desde el cariño de papá hasta el amor de tu futuro esposo.

—Emma, Emma—interrumpió Germana.—no me hables así. ¿Será posible que no tengas una palabra de ternura, una caricia para mí, que te he esperado con tanta impaciencia para contarte mi felicidad y confiarte mis esperanzas?

—Pues hija, ya que eres tan feliz, no necesitas de mí para nada. Me conoces bastante para saber que no nací para el papel de confidente y que bien poca gracia me haría estar oyendo las alabanzas de Eduardo á cada hora del día. Y no te figures que me voy á pasar la vida contemplándolos á ti y á Eduardo. Estoy harta de miradas enojadas y cariños y estúpideces.

Hablaba brusca y agriamente, sin cuidarse de la pena que daba á Germana, y no podía ocultar los celos que la devoraban. No se conformaba con la idea de que Eduardo hubiera preferido á su hermana, y su vanidad, su orgullo, se alzaban en armas contra Germana, amenazando la felicidad de su vida. Y no era que sintiera afecto por Eduardo, no; lo que le era insoportable era ver á su hermana comprometida, ver á Eduardo enamorado, obsequiándola, mimándola, mientras ella se veía relegada al segundo término.

Realmente Emma estaba dejada de la mano de Dios. Todos sus malos instintos se alzaban tumultuosos, ahogando la débil voz de la conciencia, arrancando de su memoria el recuerdo de todas las ter-

nuras de Germana, de sus cuidados cuando eran niñas en el convento, de su cariño siempre pronto á olvidar las ofensas y á recibirla con los brazos abiertos en sus raros momentos de expansion. Sus ojos cegados por la envidia, no vieron el abismo abierto á sus piés, y la idea de un crimen horrible germinó en su mente, tomando cuerpo insensiblemente,



agigantándose hasta el punto de ocupar por entero su pensamiento, borrando en su corazón todo rastro de cariño.

Resolvió emplear todos los medios de seducción para arrancar á Germana el amor de Eduardo. Implacable, tenaz y resuelta, estaba segura de conseguir su objeto; sabía que Eduardo era algo débil y conocía muy bien á Germana para estar persuadida que no se defendería. Sabía que la sensitiva plegaría sus hojas y le dejaría el campo libre.

No tuvo ni un momento de trepidación. Una vez resuelto el crimen, puso manos á la obra, é insensiblemente se interpuso entre Germana y Eduardo, interrumpiendo sus conversaciones, llamando la atención de Eduardo, desplegando sus gracias tratándolo con osada familiaridad valiéndose de su título de futura cuñada, despertando su interés, avasallándolo con su personalidad dominante.

Germana sabía que una vez Emma de vuelta se acabaría la dulce intimidad; nunca esperó de ella la menor condescendencia ó atención, pero nunca creyó que llegara á tanto. Acabó por estar tan separada de Eduardo, que á pesar de venir éste todos los días, pasaba semanas enteras sin poder hablarle un momento á solas. Y era Emma, siempre Emma, que encontraba á su paso.

Al principio lo atribuyó á la casualidad, á la consecuencia del cambio de estación que los obligaba á quedarse dentro de la casa y los privaba de los paseos por el jardín. Pero cuando vió que Eduardo, tan diestro antes para procurarse momentos á solas, se mostraba tan distraído, menos impaciente por hallarse á su lado, soportando alegremente esta especie de separación, sintió una tristeza, una inquietud, apoderarse de su alma. Sufrió sin saber por qué, sin darse cuenta de lo que pasaba. Sentía vagamente que algo había cambiado, pero no sabía que, y un vago temor, un presentimiento de algo horrible pesaba sobre ella.

Su padre, siempre solícito, observándola triste y adelgazada, la interrogó con cariño, quiso saber qué era lo que había apagado en sus ojos la llama de la felicidad. Germana se apresuró á tranquilizarlo. No tenía nada. Eduardo era siempre el mismo, y en realidad, no tenía acto ó palabra de que quejarse. Su padre podía estar tranquilo: se sentía algo indispueta y no había nada más. Vilares, inquieto, no se conformó, y observó, no á Eduardo, de quien no desconfiaba, sino á Emma, la amenaza terrible de su tranquilidad. Pero Emma tenía buen cuidado de no dejarse descubrir por su padre; temía que éste, con un acto de autoridad, destruyera sus planes; y delante de él era siempre la niña vana y alocada, caprichosa y altanera, pero nada más.

Una noche Germana sufriendo un fuerte dolor de cabeza se retiró temprano á su cuarto, dejando en la sala á Emma con Eduardo, su padre, y dos amigos de éste. Se acostó y trató de dormir, pero no lo consiguió. Estaba muy nerviosa, y viendo que era inútil tratar de conciliar el sueño, se levantó y abrió la ventana para refrescar su cabeza dolorida con el aire frío de la noche. Al cabo de un rato se sintió mejor, y creyendo que las visitas se habían retirado bajo á dar á su padre el beso acostumbrado.

Al entrar al salón se sorprendió de ver aun á los amigos de Vilares, que sostenían con él una acalorada discusión política. Buscó con la mirada á Emma y no la vió. A Eduardo lo creía ya retirado. Penetró en la galería y tuvo que apelar á toda su voluntad para no dar un grito de espanto. Apoyados en una ventana abierta estaban Eduardo y Emma; él le rodeaba la cintura con su brazo, mien-

tras ella, apoyando la cabeza sobre su hombro se dejaba besar la boca, los ojos, las mejillas, enloqueciéndolo con una mirada de fuego.

Germana, muda, helada, los ojos desmesuradamente abiertos, el horror herizando su cabello, miraba atónita. Una ola de oscuridad pasó por su cerebro, y durante unos segundos no tuvo conciencia de sí misma. No se cayó ni siquiera se apoyó en la puerta; todo fué tan rápido. La idea de huir, pronto, sin ser vista, cruzó su mente, y rígida, fría, con movimientos de sonámbula, retrocedió hasta volver al salón, lo cruzó sin ser notada, subió la escalera y penetró en su cuarto. Allí se detuvo, paseando á su alrededor una mirada extraviada. De pronto sintió un gran vacío en la cabeza y el piso vacilar bajo sus piés, y tendiendo los brazos como si quisiera asirse á algo, cayó desplomada.

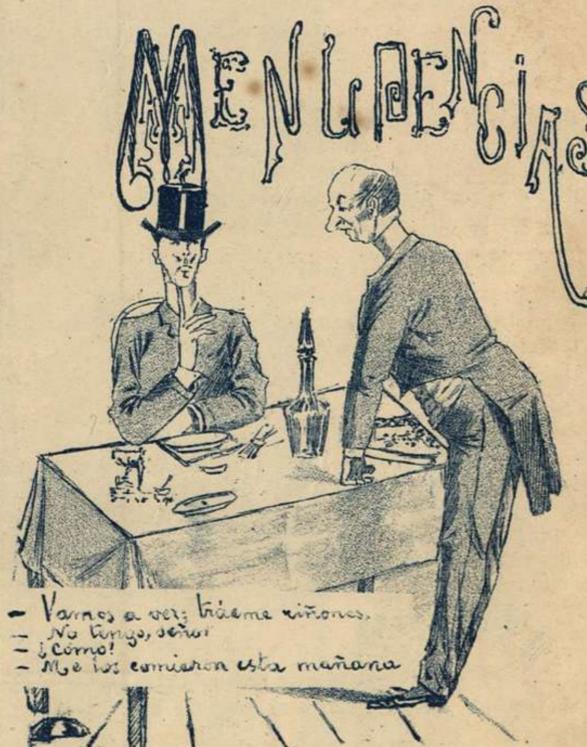
IV

Cuando Germana después de largo desmayo volvió en sí, quedóse asombrada al verse tendida en el suelo: no se acordaba de nada. Se incorporó con



dificultad y trató con empeño de darse cuenta de lo que había pasado. De pronto, como un relámpago que cruzara su mente, lo recordó todo de golpe. Recuperando el pensamiento también recuperó la facultad de sentir y de sufrir. Vió á Emma en la galería con Eduardo, vió la horrible traición, volvió á sentir ese atroz dolor que desgarró su alma, esa sensación de hundimiento en un abismo profundo donde se ahogaba, desesperada. Sentóse al borde de su cama y se puso á contemplar su dicha hecha pedazos.

MIRIAM



—Vamos a ver; tráeme rítonos.
—No tengo, señor.
—¿Cómo?
—Me los comieron esta mañana.

El señor Camilo Giuci anuncia su propósito de fundar un centro artístico que llevará el nombre del célebre pianista húngaro Franz Listz.

Una de las clases de piano será dirigida por la señora Gallo de Giuci.

A fé que es buena ocurrencia la de encargarla tan solo de la enseñanza del piano á esa señora Gallo.

Porque si en vez de enseñar el piano, el canto enseñase, no habría quien aguantase oyéndola á ella cantar.

En Buenos Aires ha ocurrido un caso curioso. Un jóven despues de derrochar toda su fortuna habia conseguido mantenerse á flote gracias á los usurarios prestamos que, con la garantia de la fortuna colosal de un tio del jóven, á quien debia heredar pronto á juzgar por la edad del dicho tio, le habian hecho los mas distinguidos usureros bonaerenses.

Pero he ahi que de pronto, se le antoja al tio casarse, y lo hace, el muy bribón.

Y ha tenido fruto de bendición. Decir que los beneméritos usureros han ahorrado un año de gastos de peluqueria arrancándose á puñados los pelos, está demás.

Lector ¿qué nombre pondrias al chico? Yo que los tios le llamaría *Mesías* pues que ha venido estos dias á partir á los judíos.

**

La compañía Podestá Scotti que en breve se estrenará, anuncia en su elenco que viene aumentada con dos notables artistas: los *Brothers Carlo*.

Lo cual hacia decir ayer á un señor que de fijo no era inglés:

—¡Pero señor, en esa familia de *Brothers* hay de todo; desde banqueros reclamantes hasta pruebistas!

**

—*Don Juan Tenorio* es moral porque por fin se arrepiente; dijo un actor que actualmente lo está interpretando mal. —¡Segun! exclamó *Quiros* pues si usted lo representa por mucho que se arrepienta no tiene perdón de Dios.

**

El 15 de Octubre, segun un estado de la Dirección del Registro Civil, no se celebró en la República ningun matrimonio.

Fecha de paz y alegría que á cualquier mortal alegra. ¿Quien duda que fué un gran dia? ¡No se hizo ninguna suegra!

**

Dice un diario que en Sicilia, despues de los últimos desórdenes suscitados con motivo de la agitacion socialista, ha quedado tan relajado el respeto á la autoridad, que «en ciertas localidades los bandidos roban al medio dia en las calles de la poblacion.»

La cosa está bien clara por vida mia, ó no entiendo una iota del español. Si los bandidos roban al medio dia, ¿qué será lo robado? ¡Pues será... el soll

**

En un banquete: Un convidado acercando una botella de *Charreuse* á otro:

—¿Quiere usted *Chartrés*?... —Bueno hombre; no hay inconveniente; echaré aunque sean cuatro.

**

¿Y qué me dicen ustedes de las primorosas orlas con que engalana hoy *Adolfo Piñeyro* las páginas de nuestro semanario?

¿Y del dibujo del distinguido oficial argentino de *Solier*, que ocupá hoy un lugar en nuestro álbum?

Digan lo que quieran, pero no que son muy bonitos ambos trabajos, porque eso lo sé yo hace tiempo.



Nigromante—¡Pero hombre, por todos los santos de de la corte celestial! y si no bastan estos agregue usted á *San Roman* y su café! ¡No toque usted mas la pluma hasta que tenga que hacer testamento!

Aurora A.—Montevideo—Por que no se han recibido tales soluciones.

NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Periodista, diputado, buen mozo de profesion y, aunque herrero exaltado, bien querido, y apreciado por todos, y con razon.

J. Caloso—Pando—Daria cualquier cosa porque tuviera usted tantos callos como tontearias tiene su artículo, para echarle á *Floro Costa* sobre un pié.

J. F.—Montevideo—Si yo le dijese á usted que es tonto ¿usted se enojaria?

Perecito—Rivera—Dirá usted lo que usted quiera pero sepa que en su escrito bien se advierte *Perecito* que usted es de los de *pa jüera*.

Cirilo—Florida—Es usted un pobre mozo.

K. C.—Montevideo—Nunca escriba usted *vensina* en vez de *bencina*, porque cualquier dia gana usted un garrotazo.

Rómulo—Id.—De la lectura de su composicion «*El Eco*», saco en limpio que si usted dice por casualidad, «estúpido» el eco le responde «eres tú».

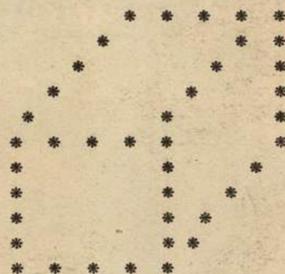
Facundo—Id.—Dígame, *Facundo*, ¿usted cree seriamente que *De Joaquin los anchos pantalones blancos y negros* es verso?

Lope Es—Id.—Írá en cuanto le llegue el turno. ¡Al fin uno!

Fu Fa Li—Id.—Bébase usted una lata de kerosene.

Seccion recreativa

CUBO DE ESTRELLAS POR ONANE



Sustituir las estrellas por letras de modo que se lean los siguientes significados: *Cierto clérigo—Obra literaria—Flor—Nombre de mujer—En las calles—En el cielo—Hijo de Dédalo—Puesta del Sol—Mes.*

CHARADAS

1.ª DEDICADA Á F. F. F.

Con muchas *prima segundas* se ha formado mi *total* y mi *tercera* lectores en el pentágrama está.

Luis

2.ª

Todo ¡qué *dos dos* te has puesto

3.ª

¡*Primá segunda, tercera, cuarta á total* Aurora A.

TRIÁNGULO POR MONADA

Leer horizontal y verticalmente:

Provincia de España
Nombre de mujer
Historiador árabe
Nombre propio
Tiempo de verbo
Pronombre
Consonante

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

DE LAS CHARADAS—1.ª *Cimitarra*, 2.ª *Manto*, 3.ª *Trajedía*, 4.ª *Nabucodonosor*.
DEL TRINO MUSICAL—*Música, Sirena; Canario*.
DEL JUEGO «POR UNA LETRA»—*Caro, cero, círo, coro, coro, curó*.
DE LA CHARADA EN ACCION—*Pájaro*.
ENVIARON LA SOLUCION—*De las charadas:—Aurora A., Calixto, Luis, F. F. F., Esfinje, Tu y yo, y Bartolo. Del trino musical—Luis, F. F. F., Tu y yo, Aurora A., Bartolo, Esfinje y Fernandito. Del juego «Por una letra»—Calixto, Aurora A., Luis, F. F. F., Tu y yo, Bartolo y Esfinje. De la charada en accion—Bartolo, Aurora A., Calixto, Fernandito, F. F. F., Esfinje, Luis, y Tu y yo.*

Estudio Fotográfico de DOLCE Her.
Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana
A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

Estudio Fotográfico de P. Calligaris
CALLE IBICUY, 228
Fotografia de moda por la *high life* preferida, donde se retrata toda la gente más distinguida.

AL POLO BAMBÁ
CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8
Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

ELIXIR HUTCHINSON
TÓNICO DIGESTIVO Y RECONSTITUYENTE
á la Papaina (Pepsina vegetal), preparado con el fruto del CARICA PAPAYA (Manon del Paraguay). El más potente y agradable de los digestivos, contra anemia, clorosis, debilidad y consunción.
Botica Inglesa «Hutchinson»
25 de Mayo, esq. Ituzaingó